

# Una glosa germaniana: entre el autoritarismo integrista y la radicalización ideológica

*Por Antonio Camou\**

Ana Alejandra Germani, *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004 (411 pp).

El acto histórico de ser un buen sociólogo consiste en la capacidad de ir más allá del partidismo en política y del fanatismo en ideología.

Irving Louis Horowitz

Nació en Roma en 1911 y dicen que le hubiese gustado ser músico. Pero el hijo de un sastre socialista en la Italia de Mussolini no podía darse el lujo de seguir una vocación artística, ni tenía contactos para ganarse becas o favores oficiales. Además, sus primeras experiencias con el violín no fueron muy auspiciosas: fracasó en las pruebas de solfeo para ingresar al Conservatorio Santa Cecilia. Siguió de mala gana sus estudios secundarios en la rama de contabilidad para ganarse la vida con algo útil, pero sus actividades políticas antifascistas casi le impiden titularse. Siendo un entusiasta militante juvenil del movimiento *Giustizia e Libertá*, fundado por Carlo Rosselli, un día de marzo de 1930 lo agarraron repartiendo panfletos contra el gobierno del *Duce*: lo condenaron a cuatro años de confinamiento. Primero marchó directo a la cárcel, luego fue a dar con sus huesos a una isla perdida en calidad de "confinado", y finalmente, en parte por su juventud y en parte por su mala salud, le redujeron la pena a un bienio de amonestaciones, y de paso lo exoneraron del servicio militar.

\* Director del Departamento de Sociología, UNLP.  
*Cuestiones de Sociología*, N° 3, 2006, pp. 361-372.



El fascismo no le hizo un mal retrato: lo clasificó un tanto vagamente de “democrático liberal socialista” (p.24), y entrando un poco más en detalles lo describió como “bajito y rechoncho, con ojos estrábicos, una inteligencia anormal... lector apasionado de las obras más complejas y voluminosas; escondido en una biblioteca se tragó todo *El Contrato Social* de Rousseau y las obras de Herbert Spencer, que crearon en su cerebro anormal ideas y planes de conspiraciones y de luchas” (p.21). En su nuevo régimen de libertad vigilada comenzó la carrera de Economía y Comercio en la Universidad de Roma, que tampoco lo atraía demasiado. Invirtió productivamente el tiempo leyendo a Hegel, Kant, Marx, Pareto, Durkheim y Spencer, “con la esperanza, o más bien la angustia, de poder encontrar alguna clave de lectura y entender lo que estaba pasando en el mundo que lo rodeaba” (p. 36). Un poco por su propio temperamento, y otro poco por ser parte de la minoría de estudiantes universitarios que provenía de una familia modesta, su condición marginal lo fue orillando al estudio de la psicología y el psicoanálisis de Freud. Esa inteligencia anormal empezó a producir por entonces sus primeros frutos; a los diecinueve años escribió:

...el reino de la intolerancia va a instaurarse, la fe política toma los caracteres de la religiosa, sus mismas formas exteriores, la terminología, los símbolos... La rigidez de la creencia política, por la cual no puede admitirse otra verdad distinta de aquella en la que se cree... es la antítesis de la relatividad de las ideas que constituyó el carácter más particular del siglo XIX... Después de la estandarización de los productos, la estandarización de las ideas (pp. 36/37).

La inesperada muerte de su padre precipita el exilio. En 1934, con veintitrés años, desembarcó en el puerto de Buenos Aires, junto a su madre y sin un cobre, pero con la promesa cierta de trabajar como contable en el corralón de sanitarios de un tío a quien no conocía. Esperaba volver a su patria en un par de años, pero se quedó casi una vida. Siguió militando en grupos antifascistas locales, y empezó a escribir sus primeros artículos en periódicos de la comunidad italiana en Argentina, pero no le fue fácil integrarse al nuevo país, ni hacer migas con sus propios compatriotas. “La emigración italiana –escribió desilusionado– viene de las clases más incultas y de las provincias menos civilizadas de Italia” (p. 42). Hacia 1937 lo encontramos trabajando en el Ministerio de Agricultura, en la oficina del Mercado Consignatario de Yerba Mate; paralelamente se inscribe en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. El rutinario trabajo del Ministerio consistía en llenar planillas de comercializaciones que insumían normalmente unas diez horas. Se las ingenió para diseñar un método de codificación de datos que

le permitía volcar toda esa información en una hora (!), y el resto del tiempo lo aprovechó para estudiar e investigar las razones que estaban detrás de su emigración forzada a América: “los orígenes y la naturaleza del fenómeno fascista, la derrota de la democracia en las sociedades modernas y los procesos de cambio que estaban transformando rápidamente al país que lo hospedaba” (p. 51). Como si fuera poco, empezó a escribir, “sin asistencia ni ayuda financiera alguna”, los borradores iniciales de lo que iba a ser una obra clave de la sociología científica en el país: *Estructura Social de la Argentina* (1955).

En la convulsiva década que va desde finales de los años treinta a mediados de los cuarenta alternará el trabajo, el estudio autodidacta, las clases de la Facultad, las primeras experiencias de investigación social y la participación política estudiantil. En el subsuelo de la calle Viamonte 430, donde funcionaba el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, tomará parte en interminables debates en los que se mixturaban acaloradamente la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y la propia situación política del país, con gobiernos cada vez más alineados con las Potencias del Eje. Las discusiones lo encontrarán invariablemente del lado liberal y republicano, frente a los nacionalistas de derecha, en todos sus pelajes, o de cara a las injustificables piruetas político-ideológicas de los comunistas. Participa activamente de esas polémicas, que alguna que otra noche lo depositan fugazmente en el Departamento de Policía, arreado junto a una multitud de compañeros en una asamblea clandestina, pero se opone de plano a la penetración de la política partidaria en la universidad. Un compañero de aquella época recordará su “oposición acerca de la intromisión de la política de los partidos o de las tendencias marxistas o de izquierda en los asuntos de Centro de Estudiantes” (p.60).

El otro lugar que frecuentará asiduamente será el Instituto de Sociología de la UBA, fundado en 1941 por el historiador Ricardo Levene. Allí permanecerá como investigador *Ad Honorem* entre octubre de ese año y diciembre de 1945, cuando la Universidad fue intervenida por el peronismo. Su tarea central consistirá en desarrollar algunas de las primeras investigaciones sobre aspectos estructurales de la sociedad argentina, y por esa ruta irá elaborando los tópicos básicos de una nueva agenda de investigación científica: los orígenes de los regímenes totalitarios, la transición de la sociedad tradicional a la moderna, y a instancias del infatigable Levene, los primeros estudios sobre las clases medias en la Argentina, entre otros temas. Desde ese espacio comenzará “una batalla a favor de un proyecto de renovación de las ciencias del hombre y de la sociedad”, que tomó “como modelo la investigación estadounidense”, orientada a desarrollar una sociología empírica (pp. 79/80). En ese camino irá también forjando una visión del perfil metodoló-

gico de la nueva ciencia, que deberá remontar una herencia poco propicia en nuestro medio. A su juicio, “el triunfo de las corrientes antipositivistas representó un desastre para las ciencias del hombre; sus repercusiones negativas trascendieron el campo de la cultura superior y afectaron la vida cotidiana, contribuyendo a la expresión de ideologías irracionalistas y a equivalentes intelectuales de los totalitarismos políticos” (p.80). Así se fue ganando buenos enemigos: en un mismo movimiento se enfrentará, por un lado, a las “sociologías neotomistas, intuicionistas, idealistas, que por su método y por su contenido no se distinguían de la filosofía moral”, y por otro, deberá soportar las restricciones “impuestas por los regímenes militares y nacional-populares a la libre actividad de docencia e investigación” (p.79).

El 19 de junio de 1944 recibe su título de Profesor de Enseñanza Secundaria Normal y Especial en Filosofía. Ese mismo mes se inscribe en el doctorado, y presenta una propuesta de tesis referida a la “Sociología de las clases electas”, en la que proponía un marco conceptual para el análisis de la estratificación, formación y estructura de clases en la Argentina. Pero las autoridades universitarias surgidas a partir del golpe de 1943 no le aprobaron nunca la propuesta. Por esa misma época también promovió la activa participación del Instituto de Sociología en la elaboración del IV Censo Nacional; formó parte de la Comisión Asesora y elaboró una serie de propuestas metodológicas a la vez que sugirió introducir nuevas cuestiones, tales como organización familiar, fecundidad de las mujeres, datos sobre natalidad, etc. Pero el teniente coronel que estaba a cargo del operativo censal no consideró relevantes –o convenientes– sus iniciativas, y fueron vetados en la versión final del Censo. No eran presagios alentadores.

El 17 de octubre de 1945 caminaba por Buenos Aires hacia un lugar al que nunca llegó. Se dejó arrastrar por la multitud que marchaba a Plaza de Mayo reclamando la libertad del coronel Juan Domingo Perón. Se mezcló entre la gente y vio cara a cara algunos de los “datos” sobre los que había estado trabajando: la conformación de una clase obrera “criolla” fruto de las migraciones internas de la década previa. Aprovechó la oportunidad para hacer algunas preguntas a los que se cruzaba y empezó a armarse un rompecabezas turbador. A diferencia de sus amigos de izquierda comprendió de un vistazo que ese gentío movilizado poco tenía que ver con las manifestaciones a las “que había sido obligado a asistir en su adolescencia, en la Italia del Duce” (p.95). Las bases de apoyo del totalitarismo nazifascista “provenían de las clases medias, que se sentían amenazadas por perder su supuesta superioridad y proletarizarse, y reaccionaban de acuerdo con los rasgos del carácter autoritario, no ya de manera realista, sino proyectando sus frustraciones en términos de superioridad nacional o racial” (p.96). En cambio, el

fenómeno argentino se caracterizó por el apoyo de las clases populares, y lo que era más importante: junto a las ventajas materiales obtenidas, había que agregar que los “descamisados” habían logrado un reconocimiento de sus derechos sociales, económicos y políticos por primera vez en su historia.

Y si bien nunca confundió al peronismo con las experiencias fascistas europeas, también es cierto que compartió con buena parte de la intelectualidad de entonces la misma reacción de piel frente al vendaval popular desatado en aquellas jornadas de octubre. Como resumirá unos años después:

...el dictador hizo demagogia. Mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales sino el haber dado al pueblo la experiencia real o ficticia, en gran parte ficticia, de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo... La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patronos, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales... Para estas masas, esta seudolibertad de la dictadura fue la única experiencia directa de una afirmación de los propios derechos (p.100).

Desde esta perspectiva, sus estudios sobre los orígenes del peronismo han dado lugar a una de las más duraderas controversias en la historia intelectual argentina. En su visión, el peronismo era un emergente estructural de una sociedad que –paradójicamente– se había “modernizado” sin “desarrollarse”, un movimiento que suturó una fisura histórica fruto de una “asincronía” fundamental; esa falta de sincronía se produjo entre la “paulatina movilización de una proporción cada vez mayor de la población (hasta alcanzar la totalidad)”, y la ausencia de “múltiples mecanismos de integración –sindicato, educación, legislación social, partido político, sufragio, consumo de masas– capaces de absorber esos grupos proporcionándoles los medios para una adecuada expresión” (p.218). Más específicamente, el fenómeno peronista estaba ligado a las transformaciones estructurales que caracterizaron a la Argentina entre 1930 y 1943, y sus consecuencias sobre la composición de las clases sociales y la movilización de masas. Las distintas fases de industrialización “habrían creado una división dentro de la clase obrera entre los obreros de origen europeo y los de origen migratorio provenientes de las regiones más atrasadas del país. Los nuevos trabajadores surgidos en el proceso de industrialización carecían de experiencia industrial y sindical y constituían así una *masa disponible* para responder a la acción de un líder externo” (p.220).

Pero si los orígenes del movimiento liderado por Perón estaban ligados a una “paradoja” argentina, la superación del peronismo debía escribirse todavía con tintes algo más dramáticos. “La tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas populares se

inició bajo el signo del totalitarismo, que logró proporcionar, a su manera, cierta experiencia de participación política y social en los aspectos inmediatos y personales de la vida del trabajador, anulando al mismo tiempo la organización política y los derechos básicos que constituyen los pilares insustituibles de toda democracia genuina". De allí que la inmensa tarea a realizar –concluirá– “consiste en lograr esa misma experiencia, pero vinculándola de manera indisoluble a la teoría y a la práctica de la democracia y la libertad” (p.220/221).

Con esas opiniones no podía ir muy lejos. Entre 1945 y 1955 permaneció fuera de la Universidad peronista, junto con algunos de los más prestigiosos académicos y científicos del país. Hizo un poco de todo: realizó estudios de mercado e investigaciones sobre instalaciones industriales, trabajó como consultor editorial, dio clases en instituciones no oficiales, y hasta aprovechó sus conocimientos de psicoanálisis para atender el consultorio sentimental de la revista *Idilio*, la primera publicación de fotonovelas del país, que empezó a venderse como pan caliente a finales de los años cuarenta. Pero sobre todas las cosas desarrolló una labor incesante en tres líneas estratégicas que fructificarán en la década siguiente.

En primer lugar, y a través de su actividad docente y editorial, desplegará un decidido enfoque interdisciplinario y renovador de las ciencias sociales. La labor docente se concentrará en sus cursos del *Colegio Libre de Estudios Superiores*, una institución independiente del Estado creada en 1930 como reacción al golpe de Uriburu, y que durante la década peronista será el refugio principal de un conjunto de intelectuales raleados de las universidades públicas: Risieri Frondizi, Gregorio Weinberg, Francisco y José Luis Romero, Tulio Halperin Donghi, Jorge Luis Borges, y muchos otros. En esos cursos irá desgranando una batería de conceptos que serán claves interpretativas fundamentales de la Argentina moderna, y piedras angulares de sus obras de más largo aliento: “secularización”, “sociedad tradicional”, “sociedad moderna”, “asincronías”, etc. Por otro lado, su trabajo en la editorial *Abril*, donde dirigió la colección *Ciencia y Sociedad* entre 1945 y 1948, y luego en la editorial *Paidós*, donde a partir de 1948 estuvo al frente de la Biblioteca de Psicología y Sociología, le permitió realizar una incansable tarea de traducción y presentación de autores norteamericanos y europeos desconocidos o poco conocidos en América Latina (Erich Fromm, Harold Laski, Karl Mannheim, George Mead, Bronislaw Malinowski, Talcott Parsons, Raymond Aron, Kurt Lewin, David Riesman, etc.). Esa producción editorial iría configurando lentamente un nuevo público, más abierto a tener una mirada científica y transdisciplinaria sobre los tradicionales estudios humanísticos tal como eran encarados en las universidades argentinas de la

época. En segundo lugar, dedicará buena parte de sus energías a analizar, con base en documentadas fuentes empíricas, las transformaciones estructurales que estaba atravesando la sociedad argentina, con especial referencia a los cambios sociales y políticos; estos estudios serán los que luego conformarán *Estructura Social de la Argentina*. Y en tercer lugar, trabajará en pos de fundamentar el carácter de la sociología como ciencia empírica, cuestionando severamente la dicotomía, o al menos ciertas interpretaciones de la dicotomía, entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza; estos trabajos serán más tarde reunidos en *La Sociología Científica* (Universidad Nacional Autónoma de México, 1956). De esta misma época es su primer intento de crear la SAS (Sociedad Argentina de Sociología), un esfuerzo institucional orientado a reunir a los sociólogos argentinos en una entidad científica unificada (1950).

Por esas simetrías que a veces tiene la vida otro 17 de octubre, pero de 1955, es nombrado por la nueva intervención universitaria Director del Instituto de Sociología de la UBA. Y por esos claroscuros que siempre tiene la historia, el mismo golpe cívico-militar contra el peronismo, que constituirá un corte brutal para la institucionalidad política del país y un bloqueo a las aspiraciones de los sectores populares, será también una ventana de oportunidad para la renovación de las ciencias sociales y la modernización de las estructuras científicas y culturales. En ese mapa de tensiones la emergencia de las nuevas ciencias sociales (Sociología, Psicología, Economía) constituirá un capítulo clave de la modernización cultural que permitió romper “con el modelo antipositivista dominante desde los años veinte”, y cuestionar la unidad de estudios humanos basados exclusivamente en la cultura clásica (p.141).

Inmediatamente después del golpe se presentó a varios concursos para cubrir cátedras de sociología en diferentes universidades nacionales, y los ganó a todos (Buenos Aires, La Plata y Litoral). En la cátedra de Sociología General de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata permaneció unos pocos años (1957-1960), y dejó a un joven colega suyo –Norberto Rodríguez Bustamante– a cargo de la materia. A lo que le dedicó todas sus energías intelectuales y organizativas fue a la creación, en 1957, del Departamento y la carrera de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Naturalmente no lo hizo todo solo; en esta etapa fue fundamental el aporte de otros jóvenes académicos que se plegaron al proyecto desde un principio con un entusiasmo que rayaba en la mística. Entre ellos habría que nombrar a Jorge Graciarena, su mano derecha, Ana María Babini, Torcuato Di Tella, el citado Rodríguez Bustamante, Carlos Erro y Enrique Butelman, entre otros (p.169). Tampoco es posible

condensar en pocas líneas el itinerario de ese esfuerzo. El lector interesado encontrará en el libro que estamos glosando, escrito por su hija, materiales ampliamente documentados y sugerentes. Basten algunas indicaciones sobre las condiciones de posibilidad de ese proyecto científico-intelectual, institucional y profesional, y sobre los límites y bloqueos contra los que chocó.

Por de pronto, la creación de la nueva carrera fue posible en virtud de un desarrollo disciplinar inmanente. La renovación de los estudios sociales, sobre todo siguiendo el modelo norteamericano del luego vilipendiado matrimonio "ortodoxo" entre Parsons y Lazarsfeld, ofreció la base intelectual sobre la cual empezó a refundarse la sociología científica como disciplina profesional independiente, por oposición a las tradiciones del ensayo de interpretación latinoamericana, o frente a las versiones filosóficas de las ciencias del espíritu, que dejaban poco o ningún espacio a la investigación empírica sistemática de la realidad social. Buena parte de ese desarrollo, a los que se le iban a sumar lecturas e influencias de otras fuentes, ya había comenzado a ser recibido, revisado, enriquecido y recreado en estas tierras durante la década de 1945 a 1955 en diferentes espacios intelectuales y a través de distintos canales de producción y discusión.

Pero esta "historia interna" hubiera girado en el vacío sin el correlato de una "historia externa" que posibilitó la apertura de nuevos horizontes políticos e institucionales. En este sentido, las afinidades electivas entre el proyecto político del "desarrollismo" y el paradigma de la modernización serán notorias: modernización económica, planificación estatal y renovación científica y técnica constituirán una unidad estratégica. Fueron años en los que se dio "la mayor expansión, legitimación y coherencia entre sociedad y sociología desde el punto de vista de la llamada sociología científica: la confianza en la razón y en el progreso..., el desarrollo para los países subdesarrollados, la paz, la democracia, y sobre todo una enorme fe en la técnica y la ciencia como motor de las transformaciones" (p.147).

En este contexto, la decisiva voluntad política e institucional de las autoridades universitarias surgidas del golpe cívico-militar de 1955, entre los que hay que destacar a Risieri Frondizi, José Luis Romero o Rolando García, entre otros, fue clave para encausar el proceso. A lo que debe sumarse la presión estudiantil, sobre todo en una primera etapa, que junto con los jóvenes graduados cumplieron "un papel decisivo para hacer posible el lanzamiento de la nueva carrera (p.142); en este sentido, "la fuerza y el apoyo del movimiento estudiantil a la renovación universitaria no tuvo precedentes en la historia nacional" (p.145). Un dato no menor en este cuadro es que las autoridades concedieron un "presupuesto privilegiado"(p.146) a la creación del Departamento de Sociología, que fue reforzado con la gestión de



subsidios del recientemente creado Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con el significativo apoyo de organismos internacionales, como la UNESCO, y con el aporte de dos fundaciones norteamericanas que apoyaron el desarrollo de los estudios sociales en la región: la Fundación Ford, que desembolsó la friolera de 210.000 dólares de aquel entonces, y la Fundación Rockefeller, que arrió unos más modestos 35.000 dólares en 1960 (p.183).

Pero el proyecto dinamizado a partir de 1957 de conformar en el país una sociología como “ciencia empírica, objetiva, transnacional y claramente diferenciada de la ideología” (p.250) se enfrentó a resistencias de toda laya, y a obstáculos que fueron minando su camino. En algunos casos se trató de ataques “externos” a la propia disciplina, en otros se debió al surgimiento progresivo de disidencias “internas”; como si fuera poco, hubo que sumarle factores ligados a la propia dinámica institucional de la universidad argentina, enmarcada en un contexto histórico fuertemente atravesado por tensiones y enfrentamientos cada vez más hostiles y ofuscados. Como lo reconoció el propio Director de la carrera una década después de su creación (1967),

... los conflictos que enfrentó la sociología profesional en esa primera década de institucionalización se dieron con tres grupos sociales, contrastantes pero poderosos y con efectos negativos para la consolidación de la nueva disciplina en el contexto local: a) las tradiciones intelectuales de un sector considerable de las instituciones académicas y de la elite literaria antipositivista, de orientación filosófica y normativa cuyas bases eran la fenomenología (Scheler), el neotomismo y el existencialismo alemán; b) el miedo profundo y la desconfianza de ciertos grupos dirigentes, especialmente los militares y la alta jerarquía de la Iglesia católica, que percibían la nueva sociología como una forma de subversión social. Estos grupos resultaron más activos y perjudiciales; c) los estudiantes e intelectuales de extrema izquierda hicieron una oposición cerrada y agresiva a lo que percibían como un centro de penetración ideológica del imperialismo de los Estados Unidos y una instancia de espionaje y control de la información para evitar el estallido social que había comenzado con la revolución cubana y amenazaba expandirse por todo el subcontinente (p.224).

En parte fue una “crisis de crecimiento”, en parte también fue un “crecimiento en medio de una crisis”, y la figura descollante y controvertida del autor de *Política y Sociedad en una Época de Transición* (1964) fue el eje catalizador de esos conflictos. Su “vinculación con los círculos antiperonistas así como su fuerte identificación con la sociología empírica norteamericana serían cuestionadas tanto por las nuevas generaciones de estudiantes” como

por algunos de sus discípulos (p.236). Algunas de estas divergencias se canalizaron a través de un saludable proceso de renovación teórica y metodológica que llevó a incorporar temáticas y autores provenientes del marxismo, la antropología estructural o los estudios sobre la dependencia; en otros casos la oposición tomó la forma del empantamiento institucional y administrativo. Este problema se volvió especialmente agudo en lo referente a la incorporación de los jóvenes graduados en el exterior, sobre todo cuando comenzaron a agotarse las amplias y variadas fuentes de financiamiento originales. En un balance de claroscuros escribió:

... el programa ha tenido pleno éxito en cuanto a formación de personal, pero su incorporación estable al Instituto con sueldos adecuados se hizo cada vez más difícil... Los concursos, de tramitación cada vez más complicada, no logran completarse. Los contratos requieren una mayoría de dos tercios del Consejo Directivo, lo que rara vez se consigue... Durante un tiempo los programas de investigación parcialmente financiados por fundaciones permitieron aliviar el problema, pero éstos han terminado. Aunque sería posible obtener nuevas subvenciones, la experiencia muestra que no existe en el Consejo Directivo de la Facultad la mayoría necesaria para aprobar gestiones de este tipo (p.237).

Donde antes se encontraba apoyo, el viento de los nuevos tiempos soplabla en dirección de la oposición. En esta línea, sus reflexiones sobre la dinámica político-institucional que iba tomando la Universidad al despuntar los años sesenta, y su impacto sobre la carrera, están teñidas de dramatismo y resignación:

...es menester mencionar como un factor negativo sumamente serio la oposición puesta por sectores de estudiantes y graduados que cuentan con una importante, a menudo decisiva, representación en el Consejo Directivo. Tal oposición se basa sobre la noción de que la sociología científica es de inspiración norteamericana, responde a lo que estos grupos llaman intereses *imperialistas*. Este tipo de oposición es de naturaleza política y ni el Director ni los investigadores disponen de los medios ni el tiempo ni las actitudes para enfrentarla en ese plano... Se trata de un problema que se presenta con caracteres análogos en muchos países de América Latina, pero que ha asumido en nuestro ambiente una particular gravedad debido al tipo de gobierno universitario que otorga a los estudiantes un poder igual o superior al de los profesores. No puede atribuirse a la gran mayoría de los estudiantes y graduados las actitudes de sus dirigentes (p.255).

Si a mediados de los años cincuenta las propuestas de modernización, desarrollo, democracia y renovación científico-técnica constituían núcleos de sentido congruentes al interior de una constelación discursiva y política progresista, la década de los sesenta se abrió a proyectos muy diferentes. Por un lado, el agotamiento paulatino del modelo de industrialización sustitutiva llevó a un creciente cuestionamiento del proyecto teórico y práctico del desarrollismo; por otra parte, la Revolución Cubana ejerció un poderoso “efecto demostración” como estrategia de cambio, enmarcada en la idea según la cual el “desarrollo latinoamericano había llegado a un punto de estancamiento estructural”; de este modo, la certeza de que “la vía capitalista clásica era incapaz de resolver la crisis, penetró profundamente en los ambientes de la sociología latinoamericana” (p.234). Estos hilos de tensiones, a su vez, se irían anudando con la peculiar situación política argentina, donde la violenta proscripción del peronismo, y su reincorporación a la vida institucional, se había transformado en la clave del conflicto político, social y cultural. Ante estas cuestiones –se insistía– no era posible mantener una mirada científica “neutral” u “objetiva”, era necesario el “compromiso” militante para romper toda forma de complicidad con el *status quo*; en una de sus entonaciones más difundidas, había que dejar atrás un insípido “cientificismo” en pos de desarrollar un auténtico “pensamiento sociológico nacional”.

Al decir de uno de sus discípulos, el proyecto original quedaría atrapado así entre dos fuegos: “desde dentro, por el mismo proceso de radicalización de la izquierda, ya fuera revolucionaria o peronista, que fue evolucionando hacia posiciones cada vez más intransigentes; y desde fuera por los golpes de derecha, que hacían que la gente que hubiera podido mantener posiciones más cercanas a las de una izquierda democrática reformista... no podía quedarse en posturas moderadas... Fue un proceso que luego llegó al extremo con los Montoneros, el ERP, etc.” (p. 258). El golpe de Onganía y “La Noche de los Bastones Largos” marcarían el punto de quiebre de aquella experiencia.

El 26 de diciembre de 1962 presentó formalmente su renuncia a la Dirección del Departamento de Sociología, aunque siguió en su cargo de docente e investigador. Pasó algunos años más en el Centro de Sociología Comparada del Instituto Di Tella, creado en 1964, y del que había sido su principal inspirador. A mediados de marzo de 1966 emigró finalmente a Estados Unidos, aceptando una cátedra en la Universidad de Harvard. Pocos años después inició un imposible retorno a su patria, de la que lo separaban más de cuatro décadas de exilio, y donde todo había cambiado para siempre. Ganó un concurso en la Universidad de Nápoles y empezó a dividir su tiempo entre Norteamérica e Italia.

Como todos los hombres, dijera Borges, le tocaron malos tiempos en los que vivir; y tuvo también sus humanas contradicciones y sus errores. Para colmo dicen que tenía mal carácter, que la comunicación no era su fuerte y que cuando calificaba, muchas veces descalificaba. Quienes lo escucharon recuerdan que hablaba mal en los varios idiomas que hablaba; en parte porque le salía así, y en parte porque de alguna manera marcaba su distancia con todos los lugares, en los que siempre fue un extranjero, un exilado. Dejó un tendal de ideas, discípulos y obras escritas que todavía reclaman una edición integral. Murió en Roma en 1979, "un poco por culpa nuestra" como anotó con desazón uno de sus antiguos alumnos.

En un país como la Argentina, donde el reconocimiento institucional tarda en llegar o no llega nunca, a veces hay postreras excepciones. Desde hace algunos años, el más importante centro de investigaciones sociales del país, y uno de los más destacados de América Latina, lleva con toda justicia su nombre: Gino Germani.